

Representaciones cognitivas implícitas sobre el poder en la pareja y su relación con variables de personalidad

INMACULADA LEÓN, HIPÓLITO MARRERO
M. DOLORES CASTILLO
Universidad de La Laguna



Resumen

El propósito de nuestra investigación era analizar el nivel representacional del poder en las relaciones de pareja, definido mediante las teorías implícitas que explican y prescriben estas relaciones. Al mismo tiempo ver su relación con determinadas variables de personalidad, también de carácter cognitivo, como el locus de control y la esquematización del rol sexual.

Cuatro teorías implícitas cubrían este nivel representacional: dos considerando al hombre como dominante, una por su supremacía y otra por la tradición; una tercera considerando más dominante a la mujer, por sus recursos y habilidades sutiles, y una cuarta que reconocía y prescribía la igualdad entre los sexos.

Tras analizar los resultados sobre 546 personas comprobamos que el locus de control cuando era interno se relacionaba con una creencia en la igualdad, y cuando era externo, en la diferencia entre los sexos. La esquematización sexual mostró relaciones menos definidas.

Abstract

The purpose of our research was to analyse the representational level at which the power relationships between couples becomes apparent, defined by the implicit theories, which explain and prescribe these relations. At the same time, we investigated their relationships to certain personality variables of a cognitive nature as the locus of control and the squematization of sex role.

Four implicit theories cover this representational level: two of them considering men as dominant, firstly for his supremacy and secondly as a result of tradition. A third considers women more dominant, for the resources and finesse; and a fourth which recognises and prescribes the equality between sexes.

After analysing the results of 546 people interviewed, we found the locus of control, when it was internal, tended to be related to a belief in equality of power, and when it was external to a belief in sexual differences. The sexual orientation showed more loosely defined relationships.

Agradecimientos: Esta investigación estuvo financiada con una beca del Plan de Formación del Personal Investigador, concedida por el Ministerio de Educación y Ciencia del Gobierno Español. Algunos de los resultados de este artículo los presentaron los autores en el XXI Congreso Interamericano de Psicología, celebrado en 1989 en Buenos Aires.

Dirección de los autores: Departamento de Psicología Cognitiva, Social y Organizacional. Facultad de Psicología. Universidad de La Laguna. Tenerife.

INTRODUCCION

El primer objetivo de la presente investigación es analizar el nivel cognitivo o representacional del poder, concretamente el poder en las relaciones de pareja. Un primer acercamiento a este nivel será identificar las teorías implícitas que en nuestra sociedad se mantienen sobre el tema. Un segundo objetivo será relacionar estas teorías con determinadas variables de personalidad. Las dos variables de personalidad elegidas, el locus de control y la esquematización del rol sexual, lo fueron tanto por su influencia en la autopercepción y procesamiento de informaciones relacionadas con el poder y los sexos como por el papel que tienen en la toma de posición ante el poder.

La mayoría de los trabajos sobre *teorías implícitas del mundo social* se han dedicado a identificar sus relaciones con variables demográficas y de funcionamiento cognitivo, pero no con variables de personalidad. La falta de estudios en este sentido le da a nuestro estudio un sentido exploratorio y novedoso.

Sólo las teorías implícitas de la personalidad han investigado en esta línea. Dentro de estos estudios, Schneider (1973) distingue dos tipos. En los primeros se ha tratado de diferenciar a los sujetos por sus teorías implícitas de la personalidad, y luego se ha analizado qué rasgos de personalidad los caracterizan. En los segundos, se ha hecho lo inverso: se ha diferenciado a los sujetos según variables de personalidad, y se ha intentado comprobar si ello conllevaba el adscribirse a distintas teorías implícitas. Según el mismo autor, ninguna de las dos líneas de investigación ha tenido mucho éxito en esta búsqueda, quizá debido a la debilidad de los rasgos de personalidad utilizados, o quizá a que no hay mucha diferencia entre las personas en cuanto a sus representaciones sobre la personalidad.

Volviendo a las teorías implícitas del mundo social, entendemos que el estudiarlas implica evidenciar su utilidad contextual y su posición dentro del funcionamiento general del individuo. Ello debe pasar necesariamente, además de por el conocimiento de sus determinantes ambientales, por la identificación de su entidad psicológica, lo cual supone, entre otras cosas, descubrir sus relaciones con otros construtos de la personalidad ya conocidos. Como afirman Smith y cols. (1965) «nadie puede predecir las opiniones de una persona sólo a través del conocimiento que se tenga de su personalidad o exclusivamente por el conocimiento que se tenga de su ambiente. Ambos deben integrar la fórmula para la predicción» (p. 39).

LAS TEORIAS IMPLICITAS

Analizar el nivel representacional del poder entre los sexos supone conocer el sistema de creencias, explicaciones y prescripciones que subyacen a este tipo de relaciones, así como su incorporación al sistema cognitivo individual. Un concepto e instrumento que nos pareció útil para estudiarlo era el de *teoría implícita*.

El término de teoría implícita sobre el mundo social ha sido acuñado dentro del área de la Cognición Social. Sin embargo, podemos decir que son tres las líneas de trabajo que influyen en su formación: la tradición sociológica europea, la psicología cognitiva y las teorías atribucionales (González y Rodríguez, 1985). Veamos de forma general algunas de las

características de las teorías implícitas y qué definiciones podríamos dar de ellas.

Su nombre (teoría implícita o teoría ingenua) y su significado surgen como una extrapolación de la actividad realizada por el científico a la realizada por la persona de la calle. Wegner y Vallacher (1977) afirman que las teorías ingenuas, aunque menos explícitas que las teorías formales, están igualmente motivadas por necesidades de comprensión, predicción y control del mundo, y ambas se definen en función de un conjunto de conceptos y un conjunto de relaciones que vinculan esos conceptos. Ambas, como también afirma Rodrigo (1985) permiten dirigir la selección de datos en el medio, formular hipótesis explicativas sobre el comportamiento de estos datos, hacer predicciones sobre actuaciones futuras y prescribir las maneras correctas de intervención sobre el medio.

Un aspecto en el que se diferenciarían las teorías ingenuas de las teorías científicas sería en el *grado de exactitud* que cada una ofrece. Mientras que el científico puede permitirse el lujo de trasladarse a un laboratorio y desde allí hacer que sus elaboraciones sean más rigurosas, la persona de la calle, en cambio, no puede escapar de su medio y dejar de afrontar la realidad. Esto le exige desarrollar otro tipo de teorías de carácter quizá menos exacto y más sesgadas, pero por otro lado de mayor capacidad práctica (White, 1984).

Por lo que a su *carácter implícito* se refiere, es un requisito, dadas las convenciones sociales de la ciencia, que todo el dominio conceptual de una teoría científica sea siempre explícito. Con «nuestras teorías» sabemos que no ocurre así; la mayoría de ellas no están formuladas de manera explícita, sino como mucho apuntadas por un presupuesto general. Esta falta de conciencia de las propias teorías respondería a un principio de economía cognitiva, el cual nos permite entender el mundo de forma refleja *a través* de ellas sin tener que conocerlas o analizar *en sí mismas* (Wegner y Vallacher, 1981).

En relación a su *conformación y funcionamiento*, Wegner y Vallacher (1977) dicen que los modelos estructurales y procesuales (de organización y funcionamiento) que adoptan las teorías implícitas son los mismos que los de la Cognición Social. Luego podrían asumirse tres modelos o tipos de estructura de las teorías implícitas: uno *dimensional*, que evidencia la capacidad de orden del pensamiento, y donde se situarían estudios como los de Sternberg (1985) sobre teorías implícitas acerca de la inteligencia; otro *categorial*, que representa la función de agrupamiento del intelecto, y que cuenta con estudios como los de González y Rodríguez (1985) sobre la capacidad laboral de las mujeres, o los de Triana y Rodrigo (1985) o Triana (1987) sobre el concepto de infancia, y otro *lógico*, que asume la capacidad conectiva del pensamiento humano, y que ha sido adoptada por la mayoría de los teóricos de esquemas como se evidencia en los estudios sobre el esquema de sí mismo, los esquemas de roles, de eventos, etc. (véase por ejemplo Markus y Zajonc, 1985, o Fiske y Taylor, 1984).

Así las cosas, podemos ver que en este enfoque, de marcado corte cognitivo, la investigación se ha centrado fundamentalmente en identificar los aspectos estructurales y funcionales de las teorías, concibiendo éstas como conjuntos sistematizados de creencias y orientaciones, de carácter diosincrático y práctico.

Sin embargo, el estudio de las teorías implícitas ha ido incorporando otros elementos más socioculturales que la Cognición Social tradicional, que

con su visión individualista y fría del ser humano había ignorado. A ello han contribuido las aportaciones de la Psicología Social europea (Wegner y Vallacher, 1977, 1981; Forgas, 1981) y el concepto de representación social (Moscovici, 1982; Jodelet, 1984, etc.).

A ese anclaje social de las teorías debemos referir la procedencia de sus contenidos, los cuales tienen su origen en los sistemas ideológicos construidos históricamente. Estos contenidos son transmitidos a los individuos mediante procesos de comunicación y normalización, y a través de las prácticas concretas que éstos llevan a cabo según su lugar dentro de la multiplicidad grupal. Este universo particular de significaciones que se crea es incorporado al nivel cognitivo mediante procesos de abstracción, dando lugar, si se puede llamar así, a una ideología internalizada (Páez y cols., 1987).

Así, de forma general, e intentando conciliar las características que los distintos autores nos han ido dando, podríamos definir una teoría implícita como una representación cognitiva organizada, cuyos contenidos son creencias y orientaciones, de marcada imbricación grupal, pero incorporados y transformados por los procesos cognitivos y las particularidades de personalidad individuales. Su finalidad sería adaptativa al facilitarle al sujeto la comprensión y el manejo del mundo social.

Así, particularizando hacia nuestro tema, una teoría implícita sobre las relaciones de poder en la pareja podría definirse como aquel conjunto de creencias, atribuciones y prescripciones que permitirían comprender y orientar el intercambio que se da en el seno de las parejas, en una línea determinada.

También en este punto podríamos intentar conocer, además de las representaciones que se tienen sobre las parejas en general, las que se utilizan para describir y explicar la distribución del poder en la propia pareja. Y por otra parte saber si ambas se relacionan de la misma manera con las variables ya citadas y que describiremos a continuación.

LA ESQUEMATIZACION DEL ROL SEXUAL EN RELACION CON LAS TEORIAS IMPLICITAS

En el estudio de la *masculinidad-feminidad* (orientación del rol sexual) se han dado dos formas de entender estos principios: la más tradicional, que los ha considerado como opuestos, y una más reciente, que los valora como principios complementarios (Marcet, 1981). Desde esta última consideración se acepta que las personas puedan ser masculinas y femeninas al mismo tiempo, lo cual incorpora al campo un nuevo concepto, el de *androgenidad*, que supone la integración de ambos rasgos en un mismo sujeto. En esta línea de entendimiento, que será la que nosotros adoptemos, están los trabajos de Bem (1974-1977) o Spence (1975), etcétera.

Según su rol sexual, Bem (1974-1977) distingue cuatro tipos de sujetos. Esto es, sujetos Masculinos (altos en masculinidad y bajos en feminidad), Femeninos (altos en feminidad y bajos en masculinidad), Andróginos (altos en ambos) e Indiferenciados (bajos en ambos). Los individuos de papeles sexuales diferentes, según ella, serían distintos no sólo en el contenido de sus creencias acerca de las diferencias de género, sino también en sus estructuras cognitivas (esquemas) para la codificación y procesamiento de la información. Desde esta perspectiva, el niño con ese «esquema cognitivo

del género» no sólo aprenderá las características que su cultura atribuye a las mujeres y a los hombres, sino que además procesará otras informaciones.

La autora, a los dos primeros grupos (Masculinos y Femeninos) los considera «tipificados sexualmente», mientras que a los otros dos, no. Según la teoría, los individuos tipificados sexualmente son aquellos cuyo «esquema del género» tiene mayor centralidad, lo cual condiciona de forma determinante su autopercepción. Esta determinación les lleva a ser sujetos altamente «afinados» con las asunciones de su cultura acerca de los comportamientos apropiados para cada sexo y a usarlas para evaluar su propio comportamiento. Por otro lado, su conducta también se restringe acorde con estos standards, por lo que sólo llevan a cabo comportamientos deseados para su sexo, excluyendo aquellos no deseados (Bem, 1974).

En contraste, el individuo andrógino no está tan limitado por estas definiciones estereotipadas de masculinidad y feminidad, por lo que no las distingue en su autodefinición y es menos propenso a regular su comportamiento acorde con ellas.

Respondiendo a estos presupuestos una investigación de la propia Bem (1977) sobre «actitudes hacia las mujeres» mostró cómo los hombres femeninos eran los más liberales, los hombres masculinos los más conservadores y los andróginos e indiferenciados estaban en medio. En las mujeres, sin embargo, los diferentes papeles no se relacionaron con la actitud hacia las mujeres.

A la luz de las sugerencias que ofrecen esta y otras investigaciones, un objetivo de nuestro estudio era ver la ubicación de estos grupos en las teorías implícitas identificadas. Así, pretendemos ver si los hombres femeninos serían aquellos que más mantuvieran una teoría de la igualdad, seguidos por los andróginos, mientras que los masculinos se adscribirían más a la teoría sobre las diferencias de poder entre los sexos. De forma paralela queríamos comprobar si se confirmaba esa independencia encontrada en la mujer entre su esquematización sexual y sus concepciones sobre el tema.

EL LOCUS DE CONTROL EN RELACION CON LAS TEORIAS IMPLICITAS

Su estudio partió de Rotter (1966) y su grupo en la Universidad de Ohio, para quienes constituía una expectativa de carácter cognitivo y básicamente consciente, acerca de la de la responsabilidad de las acciones que la persona realiza.

Dos enfoques podemos distinguir en cuanto al locus de control, según que se considere su origen como algo psicológico o como algo social. Para el primero, al que se adscribirían Rotter y sus colaboradores, estas expectativas serían como una característica relativamente estable del individuo, que se constituye en un mediador o filtro en la percepción e interpretación de sus actividades sociales.

Para la otra perspectiva, más propia de enfoques sociológicos, estas expectativas también tendrían una función moduladora en el comportamiento y sobre todo en su valoración, pero discrepando de la postura anterior, estima que son las representaciones ideológicas, fundamentalmente, las que inciden sobre estas expectativas y no al revés. Desde esta postura, el locus de

control es un sesgo más de culturas como la nuestra, que giran en torno al individualismo, al autocontrol y al afán de éxito o de logro. Ese individualismo, que coloca al actor en singular como eje central del mundo social, está enmarcado en las representaciones sociales y de la ideología dominante, que subrayan que el individuo es el responsable de sus actos, y sus éxitos son un reflejo de sus valores y su esfuerzo (Nissbett y Ross, 1980, p. 31).

A nosotros nos parece que ambas perspectivas son ciertas. Sin duda la ideología dominante sesga hacia la internalidad, pero el individuo, simplemente por ser agente con capacidad de acción, necesita saber que esta acción es afectiva de alguna manera (si no lo fuera se perdería el valor de refuerzo de la misma, y peligraría la propia supervivencia). En este contexto, la internalidad garantizaría, más que la externalidad, el éxito de la persona, sin necesidad de entrar en consideraciones culturales.

Si entendemos dentro de lo argumentado que en nuestra sociedad el locus externo está asociado a una cierta dificultad a la hora de controlar efectivamente las relaciones con el medio social, podríamos pensar que las personas con este locus precisan de modelos de relación (en nuestro caso de poder en la pareja) más definidos. Modelos donde los protagonistas, roles y formas de interacción sean nítidos, lo cual constituiría una estrategia para mejorar su control. Una teoría que proclame la igualdad en este sentido sería la más desdibujada de todas las teorías del poder, y por tanto un marco más confuso para las personas «externas». Estas preferirían, según nuestras previsiones, teorías de poder más diferenciadas, donde se preciba un rol claro para cada miembro de la pareja.

Las personas «internas», al ser más efectivas en el control de las relaciones, no precisarían de modelos tan definidos. Confiados en la capacidad de su acción para controlar, tenderían a creer que cualquier persona, sin distinción de sexo, puede como ellos, controlar el medio y tener éxito en lo que emprenda con tal que empeñe su voluntad. Ello quiere decir que tenderían a adoptar más una teoría de la igualdad.

METODO

Sujetos

La muestra estaba compuesta por 546 sujetos de los que 321 eran mujeres y 225 eran hombres, entre los que se encontraban 55 parejas con los dos miembros. De ellos, 353 eran solteros, 87 eran casados, 59 vivían juntos y el resto estaba en la categoría de viudos o sin identificar. La edad media de la muestra era de 23.5 años. Su procedencia era diversa: 1. Parejas realizando cursillos prematrimoniales. 2. Trabajadores de un centro sanitario. 3. Estudiantes de instituto. 4. Estudiantes de universidad. 5. Miembros de la colonia hindú de Tenerife. 6. Una asociación de mujeres. 7. Los profesores de un colegio de EGB. 8. Los padres de un conjunto de personas de esta muestra.

Instrumentos

Se emplearon cuatro cuestionarios, que describiremos seguidamente: un cuestionario de preferencias acerca de las distintas teorías implícitas referi-

das al ámbito general de las parejas, otro igual pero referido a la propia pareja, un cuestionario para identificar la esquematización sexual y otro para el locus de control.

El cuestionario de teorías implícitas sobre el ámbito general y el de teorías sobre el ámbito de la propia relación.

El cuestionario de teorías implícitas sobre el ámbito general, que consta de 50 ítems, se elaboró con el objeto de poder clasificar a los sujetos según las teorías implícitas que compartieran sobre quien detenta el poder en la pareja y el porqué. Las 50 proposiciones que lo constituyen son una selección, de las obtenidas en una primera investigación a través de estudios normativos y de tipicidad (León y Marrero, 1988). Cada una de estas proposiciones aparecía acompañada por una escala de 7 puntos, en la que el sujeto debía señalar su grado de acuerdo. Estas proposiciones podían tener una naturaleza conceptual de tipo descriptivo, explicativo o prescriptivo, tal como las que se muestran a continuación a modo de ejemplo:

Descripción: «A la mujer sólo le interesan los asuntos del corazón y no los del poder.»

Explicación: «La mujer tiene más influencia sobre el hombre que al revés, porque es más sutil y utiliza más habilidades psicológicas.»

Prescripción: «Debe ser el hombre el que lleve el mando en la pareja, ya que él sabe reaccionar más firmemente ante las adversidades.»

El segundo cuestionario sobre teorías implícitas intentaba indagar también en las concepciones del sujeto, pero esta vez con respecto a su propia pareja. Las frases eran exactamente las mismas que las del cuestionario que acabamos de describir, pero en esta ocasión con un giro autorreferencial como: «en mi pareja...», «en mi caso...», «en mis relaciones...», etcétera.

El Inventario sobre el Rol Sexual de Bem (B.S.R.I.)

Este es un cuestionario elaborado por Bem (1974). La traducción al español del mismo la tomamos de Marcet (1981). Consta de 60 ítems (20 masculinos, 20 femeninos y 20 neutros) y unas instrucciones. En éstas se le pide al sujeto que indique en una escala de 7 puntos el grado de exactitud con respecto al cual las 60 características de personalidad (tales como «competitivo», «adulador», «caprichoso», etc.) le describen a sí mismo. Como ya hemos dicho, el B.S.R.I. caracteriza a una persona como masculina, femenina o andrógina (rol sexual no estereotipado), según su grado de aprobación de características masculinas y femeninas de personalidad. Así, una persona está tipificada sexualmente como masculina si se sitúa por encima de la mediana en masculinidad y por debajo en feminidad, es femenina si ocurre justo lo inverso, es andrógina si se sitúa por encima tanto en masculinidad como en feminidad, es indiferenciada si en ambas está por debajo.

El Cuestionario de Locus de Control (LUCAM)

Este cuestionario presentado por Pelechano y Baguena (1983) consta de 87 ítems, cada uno acompañado de una escala de 4 puntos, en la que el sujeto señala su grado de acuerdo. El Análisis Factorial del cuestionario reveló ocho factores que indican distintos aspectos del locus interno y externo.

Así, el índice de internalidad se obtenía con la suma de tres de estos factores, que indicaban: uno, autoconfianza y control verbal en el trabajo y el diálogo con los demás; el otro, responsabilidad decisional y previsión

de consecuencias, y el tercero, autocrítica valorativa en el trabajo y la interacción social.

En índice de externalidad por su parte lo daban los cuatro restantes: un primero referido a relaciones sociales y con componentes depresivos fatalistas; un segundo sobre suerte situacional; un tercero en el que predomina una despreocupación en la planificación de objetivos y una cierta insolidaridad pasiva, y un cuarto que revela un sentimiento de falta de control de la propia conducta.

La fiabilidad y validez son aceptables, y remitimos al lector interesado en este y otros posibles aspectos del cuestionario a la fuente previamente citada.

Procedimiento

El procedimiento de administración de los cuestionarios fue en algunas ocasiones de forma individual y en otras de forma colectiva, pero en todos los casos de manera que se garantizara la confidencialidad de las respuestas y también un cierto distanciamiento temporal entre ambas pruebas, concretamente entre el cuestionario sobre teorías implícitas del ámbito de las parejas en general y el del ámbito de la propia pareja.

RESULTADOS

Factorización de las teorías implícitas

Previamente, mediante análisis normativos y de tipicidad, habíamos identificado seis teorías a partir de un conjunto de proposiciones recogidas sobre el tema (León y Marrero, 1988). Pero ahora lo que nos interesaba era conocer la diferenciación empírica entre teorías, esto es, mediante Análisis Factorial de las respuestas de los sujetos a esas proposiciones. Este procedimiento parecía el más adecuado para garantizar la entidad diferencial de las teorías, aunque no creíamos que fueran a darse grandes diferencias entre uno y otro método, como efectivamente ocurrió.

Así, sometimos a Análisis Factorial de Rotación Oblicua las respuestas de los sujetos al cuestionario sobre el ámbito de las parejas en general. Con dicho análisis se constató la existencia de cuatro factores. En cada uno de ellos saturaron proposiciones referidas a creencias, atribuciones y prescripciones correferentes entre sí, lo cual permite darles el status de teorías, si consideramos que se cumplen con dichos componentes las tres funciones básicas de cualquier teoría: descripción, atribución y prescripción. Estas quedaron identificadas de la siguiente manera:

- *Teoría del dominio masculino*, que hace referencia a la supremacía del varón por sus condiciones físicas e intelectuales. Este factor con un valor propio de 7.32 explicaba un 48.7% de la varianza rotada.
- *Teoría de la igualdad*, según la cual no existen ya diferencias entre los sexos, y aquellas que todavía queden deberían desaparecer. Este factor, con un valor propio de 3.56, explicaba un 23.7% de la varianza rotada.
- *Teoría de la tradición patriarcal*, desde la que se tiene conciencia y se censura una situación de discriminación de la mujer con respecto al

hombre por factores culturales. Este factor, con un valor propio de 2.79, explicaba el 18.6% de la varianza rotada.

- *Teoría del dominio femenino*, desde la que se defiende un poder de la mujer basado en sus recursos y habilidades sutiles para controlar al hombre. Este factor, con un valor propio de 1.36, explicaba el 9,1% de la varianza rotada.

El análisis realizado con los contenidos referidos al ámbito de la propia pareja (también mediante Análisis Factorial de Rotación Oblicua) arrojó una estructura similar a la obtenida para el ámbito general, con las mismas cuatro teorías, y con valores propios y porcentajes de varianza muy similares, como muestra la Tabla 1.

TABLA 1

Valores propios y porcentajes de varianza, correspondientes a los cuatro factores resultantes del Análisis Factorial sobre las proposiciones del ámbito de la propia relación.

FACTORES	Factor 1	Factor 2	Factor 3	Factor 4
Valor propio	6.18	3.76	1.81	1.38
% de Varianza	47.0	28.6	13.8	10.6

Nota: Se realizó un análisis factorial de rotación oblicua porque nos parece más apropiada, ya que consideramos que las teorías no son independientes unas de otras, sino que por el contrario son de límites difusos, como ya habían comprobado Triana y Rodrigo (1985) o González y Rodríguez (1985).

Con el objeto de descubrir estructuras ideológicas más generales en estas cuatro teorías, se llevaron a cabo Análisis Factoriales de Segundo Orden, obteniéndose dos factores para cada ámbito (para el general y para el de la propia pareja). Al primer factor se le llamó de *Complementariedad* o de diferencias de poder, ya que aglutinaba a la Teoría del dominio masculino (por supremacía) y a la del dominio femenino (por habilidades), siendo ambas de carácter conservador. Obtuvo un valor propio de 1.09 y explicaba el 59.8% de la varianza rotada. Al segundo se le denominó de *Simetría o de igualdad* en el poder, ya que representaba casi exclusivamente a la Teoría de la igualdad, siendo de carácter más progresista. Obtuvo un valor propio de 0.73 y explicaba el 40.2% de la varianza rotada.

Estos dos modelos se corresponden obviamente, con las dos «ideologías mayoritarias» en nuestra sociedad, por lo que se explica el hecho de que la Teoría de la tradición patriarcal, de corte más crítico y radical, no obtuviera un valor propio suficiente para constituir un factor por sí sola. La misma estructura factorial de segundo orden se dio para las teorías del ámbito de la propia pareja, sólo que en este caso los valores propios y porcentajes de varianza eran algo diferentes: para el primer factor, llamado también de complementariedad, el valor propio fue de 1.22 y el porcentaje de varianza explicada de la rotación fue de 74.8%. Para el segundo factor, llamado de igualdad, las cifras fueron 0.41 y 25.2%, para el valor propio y el porcentaje de varianza rotada, respectivamente.

Las variables de personalidad en relación con las teorías implícitas.

Para descubrir las relaciones existentes entre las variables de personalidad y las teorías factorialmente identificadas, se utilizó como instrumento

estadístico el Análisis de Regresión. En cada uno de estos análisis se incluyeron seis variables diferenciales como predictoras: la internalidad en el locus, la externalidad, el ser masculino (o no), el ser femenino (o no), el ser andrógino (o no) y el ser indiferenciado (o no). La variable sexo se incorporó en cada análisis como variable mediadora, posibilitando la identificación de aquellas diferencias que pudieran darse entre mujeres y hombres en las relaciones encontradas.

Como variable criterio se tomaba en cada A. R. las puntuaciones factoriales de segundo orden. No obstante, en alguna ocasión nos referiremos a las teorías implícitas de primer orden, si se hace necesario añadir información, o matizar lo que obtuvimos a través de las de segundo orden.

a) Resultados en relación con la Teoría de la complementariedad

El mantenimiento por parte de las mujeres, para el ámbito general de las relaciones de poder en la pareja, de una Teoría de la complementariedad (dominio masculino por su supremacía sexual, y femenino por sus habilidades en la influencia cotidiana), se relacionó de forma significativa ($R^2 = 0.23$, $F = 8.14$, $p < .001$) con el conjunto de las predictoras. Sin embargo, del conjunto de éstas, las que consiguieron tener una saturación con una F significativa ($< .05$ en todos los casos) fueron el locus de control externo ($\beta = -0.29$), ser andrógina ($\beta = -0.36$) y ser femenina ($\beta = -0.14$). Las saturaciones negativas en el caso concreto de esta teoría hay que entenderlas como positivas, dado que sus ítems tenían el signo invertido, correspondiendo las puntuaciones bajas a su defensa, y las altas a estar en su contra.

Por lo que respecta a los hombres, el mantener esta teoría se relacionó con el conjunto de las predictoras ($R^2 = 0.30$, $F = 4.75$, $p < .01$), pero de forma significativa, con tener un alto locus de control externo ($\beta = -0.51$), al igual que en el caso de las mujeres. También se relacionó con poseer una baja masculinidad ($\beta = 0.20$). Sobre esta baja masculinidad, al observar luego las Teorías de primer orden comprobamos que la correlación procedía sólo de la Teoría del dominio femenino ($\beta = 0.18$).

Para el ámbito de la propia pareja, en el caso de las mujeres, el sostener una teoría que indique diferencias de poder entre ambos se asocia significativamente ($R^2 = 0.26$, $F = 5.66$, $p < .01$) con el conjunto de las variables predictoras. Sin embargo, sólo consiguieron una saturación significativa, el tener un locus de control interno ($\beta = 0.21$), y aún más el tener un locus de control externo ($\beta = 0.43$). No se obtienen relaciones entre esta teoría y la esquematización sexual. En cambio, una de las teorías de primer orden, componentes de ésta, la Teoría del dominio masculino, sí que se relacionó con baja masculinidad en la mujer ($\beta = -0.19$).

En los hombres, y en el mismo ámbito, el mantenimiento de esta teoría sobre su propia pareja se relacionó significativamente ($R^2 = 0.21$, $F = 2.16$, $p < .05$) con tener un alto locus de control externo ($\beta = 0.38$). No se encontraron relaciones con la esquematización sexual, ni siquiera a partir de las teorías implícitas de primer orden.

Observando los resultados podemos decir que se confirman en general nuestras expectativas en torno al locus de control. Así, tal como preveíamos, las personas que sostienen la Teoría de la complementariedad (supremacía masculina + habilidades femeninas), tanto en el ámbito general como en el de la propia pareja, tienen un locus de control externo más elevado.

Con respecto a la esquematización sexual los resultados no son tan claros. El hecho de que las mujeres que sostengan esta teoría en el ámbito general tengan una alta feminidad, o las que la sostengan en el ámbito de la propia pareja una baja masculinidad, es consistente con nuestra hipótesis. Sin embargo, el hecho de que puedan ser andróginas en el primer caso es totalmente contrario a nuestra previsión. La misma contradicción se da con el hecho de que los hombres sean bajos en masculinidad cuando mantienen esta Teoría en el ámbito general.

b) Resultados en relación con la Teoría de la igualdad

En el caso de la adscripción a una Teoría de la igualdad en el ámbito general y para las mujeres se dio una relación significativa ($R^2 = 0.29$, $F = 2.81$, $p < .03$) con el conjunto de las variables, sin embargo, sólo alcanzó un peso significativo el locus de control interno ($\beta = 0.30$). Con respecto a la esquematización sexual no se obtuvo relación con esta Teoría de segundo orden. Sí hubo asociación, no obstante, entre la Teoría de la igualdad de primer orden y una alta androginia ($\beta = 0.14$).

En los hombres, en el mismo ámbito general, la defensa de una Teoría de la igualdad como norma en las parejas alcanzó relaciones con el conjunto de las variables ($R^2 = 0.31$, $F = 4.81$, $p < .01$), pero mostraron pesos significativos el tener un alto locus de control interno ($\beta = 0.30$), y además un bajo locus de control externo ($\beta = -0.22$). Con respecto a las variables de esquematización sexual no se alcanzaron relaciones significativas para esta Teoría de la igualdad mantenida por los hombres.

Con respecto a los resultados sobre el ámbito de la propia pareja, se comprobó que el mantener que existe una igualdad en su pareja, en la mujer se relaciona significativamente ($R = 0.11$, $F = 2.02$, $p < .05$) con el conjunto de los predictores. Sin embargo, aisladamente, esta teoría no alcanzó relación con el locus de control interno, en contra de nuestras previsiones. Sí se relacionó con tener alta feminidad ($\beta = 0.19$), alta masculinidad ($\beta = 0.27$) y alta androginia ($\beta = 0.18$).

En el hombre, sólo el locus de control interno se reveló como una variable predictora. Su asociación positiva y significativa ($\beta = 0.39$) indica que el mantenimiento en los hombres de una Teoría sobre la igualdad en la propia pareja va asociado a un mayor locus de control interno.

Comprobamos, pues, en todos los casos —excepto para las mujeres en el ámbito de la propia pareja— que la Teoría de la igualdad está relacionada con poseer un locus de control interno tal como preveíamos. Con respecto a la segunda variable se confirma, sólo para las mujeres, que el mantenimiento de una Teoría sobre la igualdad está relacionada con la androginia, tanto para el ámbito general como para el de la propia pareja. Pero para este último ámbito se da el hecho de que esta Teoría se relaciona también con alta masculinidad y alta feminidad en las mujeres, lo cual no encaja con nuestras previsiones.

DISCUSION

Se confirman nuestras hipótesis acerca de que las personas que sostienen una Teoría de la complementariedad o de las diferencias de poder, tanto en el ámbito de la propia pareja como en el general, poseen un locus de control exter-

no más elevado, mientras que las personas que participan de la Teoría de la igualdad se caracterizan por poseer un mayor locus de control interno.

Ello, como ya comentábamos en la introducción, confirma tanto la hipótesis sociológica como la psicológica, ya que las previsiones de ambas van en el mismo sentido, aunque con justificaciones diferentes. Para la primera, serían las personas con una ideología más individualista, apoyada en la igualdad de oportunidades, partidarias por tanto de la Teoría de la igualdad, las más tendentes a un locus de control interno. De forma contraria, aquellas más creyentes en factores determinísticos —como en este caso las características naturales de los sexos—, serían las más proclives a un locus de control externo. Este locus caracteriza a personas con una expectativa generalizada de responsabilizar a ciertos factores ajenos y externos a sí mismos de las ocurrencias que les afectan.

Desde la otra perspectiva, la psicológica, también se espera que las personas de locus de control externo se adscriban a una Teoría de la complementariedad o diferencias de poder. Esta define y prescribe con más claridad que la de la igualdad las conductas recomendables para cada sexo, cosa que le facilita a esta persona la adaptación. Por contra, las personas de locus de control interno son más autónomas a la hora de definir sus roles sociales, no siendo tan dependientes de las prescripciones diferenciadoras (en forma de clichés y estereotipos...), por lo que se adscribirían a una Teoría de la igualdad.

Con respecto a nuestra segunda variable, la orientación del rol sexual, los resultados son menos consistentes. En el caso de la mujer, la defensa de la teoría más tradicional (la de la complementariedad) en el ámbito general se asocia con alta feminidad y alta androginia, y en el ámbito de la propia pareja con baja masculinidad. El participar de la Teoría de la igualdad, por su parte, se asocia con alta androginia en los dos ámbitos, pero además en el de la propia pareja se asocia con alta masculinidad y alta feminidad.

Esa presencia de mujeres de diferente orientación de rol, en las dos teorías de forma casi indistinta, estaría en la misma línea del estudio de Bem (1977). Como ya comentamos, en esta investigación se encontró que para las mujeres «la actitud hacia las mujeres» era la misma, independientemente del diferente rol sexual que se tuviera.

Sus resultados con respecto a los hombres difieren de los nuestros, aunque son perfectamente compatibles, ya que en su estudio se dio que los hombres Femeninos eran los más liberales; los hombres Masculinos, los más conservadores, y los Andróginos e Indiferenciados estaban en medio. En nuestro caso sólo ocurrió que aquellos hombres no masculinos eran los más partidarios de la Teoría general del dominio femenino.

Aunque la baja masculinidad no es equivalente a una alta feminidad, ya que son dos rasgos independientes, ambas características tienen una cosa en común: que el sujeto no tiene «el género» esquematizado según se prescribe culturalmente en función de su sexo. Ambos no son los hombres «típicos masculinos», con lo cual estarán menos sesgados y serán más sensibles a la situación de la mujer. Luego, desde este punto de vista, los resultados de Bem (1977) podrían estar en la misma línea que los nuestros.

También a este resultado podemos darle una lectura adicional de interés, ya que permite especular sobre la conexión entre las predicciones de un concepto ya clásico como es el de actitud utilizado por Bem, y otro más reciente como el de teoría implícita. Mientras que el primero incide sobre el componente afectivo, y ordena a los sujetos en relación a él, el segundo da más posibilidades

de una diferenciación cualitativa, basada en los aspectos atribucionales y de orientación de conducta. La coincidencia de resultados en este caso sugiere la exploración de las interconexiones entre ambos constructos en diferentes campos.

También las significativas correlaciones alcanzadas entre el locus de control y las teorías refuerzan la relevancia psicológica de las teorías implícitas, cuyas relaciones con otros constructos, no sólo de carácter social como las actitudes sino también de la personalidad, sería deseable investigar.

Referencias

- BEM, S. L. (1974). The measurement of psychological androgyny. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 42, 155-162.
- BEM, S. L. (1977). On the utility of alternative procedures for assessing psychological androgyny. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 45, 196-205.
- FISKE, S. y TAYLOR, S. (1984). *Social Cognition*. Addison Wesley: Massachusetts.
- FORGAS, J. (1981). (Ed.). *Social Cognition: Perspectives on everyday understanding*. Academic Press: London.
- GONZÁLEZ, R. y RODRÍGUEZ, A. (1985). Mujer y trabajo: un acercamiento desde las teorías implícitas. *Comunicación presentada al I Congreso Nacional de Psicología Social*. Granada. Septiembre.
- JODELET, D. (1984). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En S. Moscovici (Ed.). *Psicología Social II*. Paidós: Barcelona.
- LEÓN y MARRERO (1988). Las teorías implícitas: una propuesta para el estudio de las relaciones de poder en la pareja. *Comunicación presentada al II Congreso Nacional de Psicología Social*. Alicante. Abril.
- MARCET, C. (1981). *La percepción del rol sexual de niños y niñas, medida según variables de edad, inteligencia, sexo y status económico*. Tesis Doctoral. Universidad de La Laguna.
- MARKUS, H. y ZANJOC, R. (1985). Cognitive perspective in social psychology. En G. Lindzey y E. Aronson. *Handbook of Social Psychology*. Random House: New York.
- MOSCOVICI, S. (1982). The coming era of representations. En J. P. Codol y J. P. Leyens (Eds.). *Cognitive approaches to social behavior*. Nijhoff: La Haya.
- NISBETT, R. y ROSS, R. (1980). *Human Intelligence*. Prentice-Hall, Inc: London.
- PÁEZ, D.; VILLARREAL, M.; ETXEBERRIA, D. y VALENCIA, J. (1987). Cognición social: esquema y función cognitiva aplicada al marco social. En D. Páez y cols. *Pensamiento, individuo y sociedad: cognición y representación social*. Fundamentos: Madrid.
- PELECHANO y BAGUENA (1983). Un cuestionario de Locus de Control. *Análisis y Modificación de Conducta*, 9, 5-36.
- RODRIGO, M. J. (1985). Las teorías implícitas en el conocimiento social. *Infancia y Aprendizaje*, 31-32, 145-156.
- ROTTER, J. B. (1966). Generalized expectancies for internal versus external locus of control of reinforcement. *Psychology monographs*, 80.
- SCHNEIDER, D. J. (1973). Implicit personality theory. (A review) *Psychological Bulletin*, 79, 294-309.
- SMITH, M. B.; BRUNER, J. S. y WHITE, R. W. (1965). *Opinions and Personality*. Wiley: New York.
- SPENCE, J. T.; HELMREICH, R. y STAPP, J. (1975). Ratings of self a peers on sex role attributes and their relations to self-esteem and conceptions of masculinity and femininity. *Journal of Personality and Social Psychology*, 32, 29-39.
- STERNBERG, R. J. (1985). Implicit theories of intelligence, creativity and wisdom. *Journal of Personality and Social Psychology*, 49, 603-627.
- TRIANA, B. y RODRIGO, M. J. (1985). El concepto de infancia en nuestra sociedad: una investigación sobre teorías implícitas de los padres. *Infancia y aprendizaje*, 31-32; 157-171.
- TRIANA, B. (1987). *Teorías implícitas de los padres sobre el desarrollo y la educación y su incidencia en los juicios sociales*. Tesis doctoral. Universidad de La Laguna.
- WEGNER, D. M. y VALLACHER, R. R. (1977). *Implicit Psychology*. Oxford University Press: New York.
- WEGNER, D. M. y VALLACHER, R. R. (1981). Common-sense Psychology. En J. P. Forgas. (Ed.) *Social cognition Perspectives on everyday understanding*. Academic Press: London.
- WHITE, P. (1984). A model of Layperson as pragmatic. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 10, 333-348.